

del mal atávico. No á la fiera temamos, sino á la hipocresía que la retiene y favorece.

Feliz el día en que el hombre, desgarrado el velo hipócrita que bajo la forma de teorías y doctrinas tiende sobre la maldad de sus hechos, preséntese tal como es, facilitando la curación.

Mientras así no se haga, y el mal, por diluido en el ambiente sea impalpable é imposible de dominar, habrá que mantenerse en guardia contra todo lo que envuelto en hipocresía sirve para fomentar en el ambiente la maldad corruptora.

El erotismo en el arte

La publicación de *La Altísima*, novela de Felipe Trigo, á quien una hábil combinación de la joven crítica española, pretende levantar al rango de primer novelista de nuestra lengua, pone de nuevo en evidencia la cuestión del erotismo en el arte. La literatura española está á punto de sufrir una transformación del eje del sentimiento de arte en el hombre, enveredando por el sendero de la influencia sensorial, bajo el influjo de malsanos extranjerismos.

La Altísima, como las demás novelas de Trigo, no es más que una yuxtaposición del procedimiento dannunziano, en lo que D'Annunzio tiene de peor, sobre el ambiente español, con la diferencia radical de que el gran poeta italiano en todas sus novelas da la sensación exacta, viva, natural, y palpitante del medio en que aquéllas desarrollan sus escenas, y Trigo deja en olvido, ó en indefinida bruma, los paisajes y los escenarios.

No sé qué secreta relación he creído adivinar entre esta última obra del nuevo escritor español y la célebre *Triunfo della morte*, notando, empero, la seguridad y firmeza de agua fuerte del ambiente en que se mueven Hipólita y Jorge, determinada-mente, exclusivamente propio de los Abruzzos, mientras este de Víctor y Adra es indeciso, pálido é inconsistente, y lo mismo pudiera ser de Madrid que de otra capital cualquiera, ó de una aldea

de Galicia como de otra región española. Carece la obra de Trigo de esa cualidad descriptiva que los naturalistas extremaron, y que hoy los teorizantes del arte por el arte ya olvidan como cosa despreciable, sin recordar que sólo al través de la impresión del paisaje y del ambiente podremos asimilar completamente la creación artística. En la obra novelesca de D'Annunzio vive la magnífica fuerza descriptiva, mientras que en la de Trigo, pese á todas las galanuras del estilo brillante, donde el adjetivo deslumbra soberbiamente, nada subsiste á la lectura, y no hay un camino, una calle, una aldea, nada que viva con vida propia, siguiendo y acompañando las alternativas espirituales de los personajes, que así aparecen como dislocados del centro emocional de todo lo existente.

Andrés González Blanco, poniendo un prólogo á *La Altísima* pasa de leve sobre la posible comparación de Trigo con el famoso autor de los *Laudi*, é insinúa su preferencia por la crítica emocional y no por la que malévolamente busca «parecidos», cotejando novelas con novelas. En este caso, empero, la comparación se impone por el exceso de erotismo contenido en ellas, no como accidente momentáneo, fugitivo y pasajero, sino como condición permanente, como causa de acciones y de ideas, como un sagrado *Deus ex-machina*, rigiendo las complicadas psicologías de sus personajes anormales.

Trigo ha ido á buscar en el autor de *Piacere*, *Fuoco* y otras obras, esa complicada sensualidad, refinada y muelle, que se exhibe en sutiles divagaciones psicológicas y estalla en formidables accesos delirantes que tienen mucho de enfermo y no poco de pernicioso. A eso llámale con el nombre de erotismo el nuevo crítico madrileño González-Blanco, viendo en esa nueva forma de escribir un gran paso hacia adelante y un notable progreso en la dignificadora libertación humana por medio de

la reivindicación del pecado sexual. Y pone como ejemplo las obras de Felipe Trigo, diciendo que ellas abren al género novelesco el único camino á seguir, puesto que «agotados casi todos los temas de la novela emocional, sólo falta por tantear el tema resueltamente erótico».

Como se ve, es una modificación de lugar del eje del sentimiento artístico lo que se pregona, saliendo apenas de la grosería malsana del naturalismo y de la torpeza característica de mucho decadentismo, para caer en brazos de este género erótico, más falso y más pernicioso, última creación de la moda literaria.

Si aceptamos como buena la tendencia humana del arte, es decir, la distribución generosa de todas las energías colectadas, devueltas en belleza, no podrá menos de sorprendernos esta concepción de un arte egoísta, restrictivo y personal que coloca el centro de toda la vida en uno ó dos seres, cuya tragedia puramente emocional no refleja su agitación sobre el mundo exterior ni en el más leve accidente.

Llevar la novela al erotismo de Felipe Trigo es desintegrarla del universo para convertirla en exclusividad que tendría muy poco de artístico y mucho menos de humano. Para realizar el erotismo pregonado por Trigo, afirma González-Blanco hay la necesidad de proceder con un criterio sentimental, sin dejar ninguno de cinismo y estar poseído de un convicto trascendentalismo cósmico. La sentimentalidad ingenua no es exclusiva de Trigo; en cuanto al trascendentalismo ese, bien puede serlo, pues hasta ahora no habíamos sabido de ningún escritor que reivindicara esa como una de las condiciones indispensables de su arte.

Ingenuidad sentimental para decir las cosas no es bastante para no ser malo, para no contribuir á aumentar el mal. Todos los grandes sinceros han sido unos grandes ingenuos, y sinceridad existe en

todo aquello que se piensa con nobleza y se dice con altivez. Los héroes novelescos de Trigo, viviendo una vida emocional completamente apartada de la realidad, no pueden ser sinceros y no siéndolo caen repetidas veces en el cinismo. Otra cosa ocurre, por ejemplo, con los héroes pasionales de Zola cuyo ímpetu sexual no es un estado erótico permanente sino una vibrátil tensión humana que empuja al cumplimiento de la vida. En las obras de Trigo los personajes viven una constante delectación voluptuosa que les aleja y separa del mundo vivo para enclaustrarles dentro de sí mismos.

Las brutalidades de algunos tipos de Zola podrán parecernos salvajes, repugnantes, abominables, pero las comprendemos fácilmente, como un impulso atávico de la dormida bestia que en cada uno de nosotros vive. No comprendemos, empero, la tortura cerebral de Víctor, el protagonista de *La Altísima*, viviendo en una ensoñación de lujuria que acaba al fin en un misticismo lamentable.

Por lo menos aquellos tipos de Zola eran hombres, en toda la definición de la palabra, y cumplían con el impulso atávico puesto en su espíritu como un estigma de muerte, pero fuera de ello vivían y cumplían con su ley; pasaban por encima de aquello que fué un accidente para ir hacia algo más. Trigo, no; Trigo hace que sus personajes tengan su ley de vida en ese estado de voluptuosidad de espíritu y de lujuria de sentidos, sin nada que más allá les ofrezca un descanso reparador que sea también una esperanza y un consuelo.

Y esto es porque el erotismo, que puede ser un medio, no debe de ser un fin. El arte erótico no tiene significación ninguna. El arte no puede ser erótico ni casto, deliberadamente; puede serlo todo, debe aceptarlo todo, reunir, amalgamar, confundir todos los aspectos de la vida, para que pue-

da ostentarse como su fiel representación; pero no puede pertenecer á uno solo de sus múltiples aspectos, dado que en este caso puede caer con facilidad en una exageración de la cualidad buscada, y, erótico, dar en lo pornográfico, ó, casto, en la fíoñería tonta é insubstancial.

El erotismo como fórmula de arte cae dentro de lo absurdo de todas las fórmulas y el autor que por ella siga, especializándose en ese sentido, fracasará en su empeño, porque el arte vive completamente ajeno á tales particularidades. Contra el necio prejuicio de la mojigatería vulgar que aparta los ojos con escándalo de la bella desnudez de un mármol, ó que rasga con enojo la página donde un esteta describe con la sinceridad de lo bello que es siempre puro un abrazo de amor, no cabe otra fórmula que la del supremo desdén. Querer corregir esas fíoñas, imbéciles, torpes pudibundeces con una fórmula de combate no conduce á nada. El arte que con tendencias eróticas presentárase para remediar ese mal no podría ser comprendido por los pudibundos de la palabra escrita, quienes verían en él un enemigo y sería corrompido por la gran multitud de los torpes que á él irían, como al puro y noble naturalismo de Zola fueron, chapoteando en la pura linfa para gozarse en las turbias aguas. buscando en ellas el reflejo de su propia corrupción interna.

La serena placidez con que el artista contempla el cuerpo desnudo de una Venus, ó ve sin inmutarse el ayuntamiento de dos seres, buscando apenas la armonía de la línea, como Beethoven en la tempestad buscaba las notas para su magnífica sinfonía, no podrá ser jamás alcanzada por la gran masa de los que en el arte ven un pasatiempo agradable y no piden al artista otra cosa que emociones y sensaciones.

La tergiversación de la dignificadora sexualidad latente en los tipos de Zola produjo un desborde

de corrupción literaria, tan ajena al arte como puede serlo todo lo que no es honesto y por no inspirar sentimientos agradables no puede ser considerado bello. Este arte erótico que ahora se pregonaba en España, traduciéndolo del italiano, con la misma refinada corrupción intelectual de un D'Annunzio, no puede perdurar como tal arte. Pasará como pasan todas las manifestaciones personales que no encuadran dentro del medio y del temperamento de la raza, y es arte de decadencia, ese arte de bizantinismo muelle, lánguido, inútil, no puede vivir dentro de la España que ha sido y es impulso, fuerza, energía; que se presenta franca y leal aun en la voluptuosidad y en el ardor pasional.

El arte español se ha desarrollado siempre dentro de un círculo de honestidad insalvable que no alcanzan á desvanecer las modas extranjeras, pese á todo su poder incontrastable. A los medios tonos de la dudosa pudicicia, tan en boga en lo francés hace algunos años y hoy en lo italiano, el ambiente español ha opuesto siempre el recato, producto del atavismo religioso, ó la franca serenidad que de lo helénico fué heredada, prefiriendo la casta desnudez de la maja de Goya á las enmascaradas parisienses. También en lo literario ha obedecido al influjo religioso y al ímpetu pagano, envolviendo en pudibunda veste la voluptuosidad de los personajes ó haciéndolos vivir en una completa amoralidad, más digna, en verdad, y más honesta, que ese erotismo doliente pregonado por Felipe Trigo, llevando á España las escenas refinadas de una decadencia todavía no realizada.

No podemos creer en la permanencia de ese arte erótico elevado á la categoría de escuela, porque el arte, plenamente ejerciendo una amplia función social, no puede limitarse hoy á describir los trapicheos elegantes aunque vulgares de un Calixto intelectual con una Melibea de salón. Ho-

rizontes más luminosos tiene el artista para el desarrollo de su personalidad, campos más vastos, ideal más bello que perseguir, tarea más honrosa que realizar. El espasmo de dos decadentes viviendo para el goce de sus cuerpos agotados no puede merecer más y ser más que la gran tragedia espiritual de la humanidad, ansiosa de libertadores y buscándolos donde puede hallarlos, en el único reino que puede hallarlos—en el del arte.